

Giorgio Fontana

Muerte de un hombre feliz

Traducción de Pepa Linares

Primera edición, 2016

Título original: *Morte di un uomo felice*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2014 Giorgio Fontana

First published in Italy by Sellerio editore, Palermo, in 2014

This edition published in agreement with the Piergiorgio Nicolazzini Literary Agency (PNLA)

© de la traducción, Josefa Linares de la Puerta, 2016

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-67-2

Depósito legal: B. 8.459-2016

Impreso por Reinbook

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

A mi madre

«Recordad —dijo—. Nosotros no debemos ser los hombres de la ira.»

Así que querían venganza. Colnaghi asintió un par de veces para sus adentros como si quisiera reunir ideas que no tenía o que aún eran demasiado confusas; luego apoyó las manos en la mesa y miró de nuevo al chaval que había hablado.

En el aula prestada por la escuela de primaria del barrio reinaba el silencio: manchas de sudor en las axilas, aspas del ventilador que giraban lentas... Todos esperaban una respuesta suya, la enésima buena palabra.

Los parientes y los amigos de la víctima sumaban una treintena. Vissani había sido cirujano y un conocido exponente del ala más derechista de la Democracia Cristiana milanesa: cincuenta y dos años, rubio ceniza, entrado en carnes. La fotografía colocada al pie de la mesa del profesor estaba rodeada de ramos de flores.

Es posible que Colnaghi lo hubiera visto una o dos veces durante los años anteriores; algo suyo había leído en el *Corriere*, tal vez algún artículo de fondo en las páginas locales, debido a la posición que Vissani estaba conquistando dentro del partido. A Colnaghi aquella Democracia Cristiana no le gustaba, pero quién sabe, puede

que hasta se hubieran estrechado la mano tiempo atrás, presentados por un colega con ganas de hacer carrera; quizás una tarde de mediados de mayo, cuando Milán está surcado de golondrinas y la luz tiene un color inaprensible. Tal vez los dos eran felices en aquel momento y hasta puede que Vissani se riera de un chiste de Colnaghi dándose una palmada en la rodilla, y que, con idéntica rapidez, el médico estropeará el buen humor del magistrado* con una salida poco feliz, una de las muchas que él había tenido ocasión de leer en la carpeta del sumario... Algo desagradable sobre los jóvenes o sobre la necesidad de que el gobierno aplicara mano dura.

Sea como sea, luego ocurrió lo siguiente: mataron a ese tío vulgar, odioso e inocente el 9 de enero de 1981, avanzada la tarde, por la zona de la plaza Diaz. Dos proyectiles del calibre 38 SPL. Seis meses antes. Homicidio reivindicado por la Formación Proletaria de Combate, una célula escindida de las Brigadas Rojas. Caso todavía abierto y asignado al fiscal sustituto Colnaghi.

Se había preguntado muchas veces si la asistencia a la ceremonia conmemorativa era una buena idea; a fin de cuentas, su cometido consistía en evitar a esas personas, no en buscarlas. Pero al final se rindió, no venía a cuento sopesar si era o no oportuno. Creía que entre los deberes de un magistrado entraba también el de gestionar una pérdida, aunque fuera una actitud muy poco ortodoxa. En cierta forma él era un parásito del sufrimiento, porque sin delitos no habría penas y, por ende, tampoco

* En Italia se utiliza el término «magistrado» para referirse indistintamente a jueces y fiscales con independencia de su categoría profesional. (N. del E.)

magistrados. Le parecía justo devolver algo más al mundo... el fruto sencillo y puro de su comprensión.

Así que allí estaba, seis meses después, recordando todo lo ocurrido y oyendo consideraciones tan prolijas como inútiles sobre la supuesta bondad de aquel hombre y sobre los tiempos que atravesaban. Y todo había salido bien, todo conforme al guion: el recuerdo de los hechos, el vacío imposible de llenar que deja todo asesinado, algún que otro bostezo (el dolor se hace tedioso al cabo de un rato, salvo para los que se consumen por su causa) y por fin la garantía de que sus colegas y él iban a cumplir con su deber.

Salió bien hasta que el chavalito tomó la palabra, después de levantar la mano educadamente pero con firmeza, y le dijo a Colnaghi que él quería venganza. Quería venganza como hijo del doctor Vissani. Los adultos se miraron unos a otros sin hacer comentarios; alguien dio vueltas al sombrero entre las manos y las mujeres esbozaron una sonrisa fuera de lugar. En cierto modo, el deseo debía de ser común.

Por fin habló Colnaghi.

—Para la venganza, no soy la persona indicada —dijo sencillamente, tratando a su vez de liberar la tensión con una sonrisa.

—Muy bien —respondió el chico. Era rubio como su padre; cabello muy corto, nariz y boca temblorosas, con tics—. Supongamos que ustedes detienen a los que han matado a mi padre. ¿Y luego?

—Se los juzgará.

—¿Y luego?

—Si se los encuentra culpables, se los condenará.

—¿Y se pasarán toda la vida en la cárcel?

—Con seguridad muchos años. Nunca más podrán hacer daño a nadie.

—No basta —dijo el chiquillo sacudiendo la cabeza—. No basta.

Colnaghi asintió de nuevo.

—Te llamas Luigi, ¿verdad? —preguntó.

—Sí.

—¿Cuántos años tienes, Luigi?

—Quince.

—Quince. ¿Vas al liceo?

—Sí, al liceo científico. Voy a empezar el segundo año.

—Bien. Entonces, dime, ¿qué deberíamos hacer con el asesino de tu padre?

Murmullos de desaprobación, sacudidas de cabeza. Colnaghi se dio cuenta de que había ido demasiado lejos, pero llegados a ese punto tenía una hipótesis, una hipótesis que debía poner a prueba. En todo caso, el chaval no parecía sorprendido por la pregunta. Se limitó a volverse hacia la puerta y a entrecerrar los ojos para reflexionar. Luego volvió de nuevo la cabeza hacia el magistrado.

—Lo mataría —dijo—. Lo mataría en el acto con mis propias manos.

Esta vez hubo un murmullo y la madre le dio un fuerte tirón de la mano.

—¡Luigi! —susurró, aunque sin convicción.

Él no hizo caso. Sostenía la mirada de Colnaghi, y Colnaghi comprendió que no era un reto, sino algo mucho más grande y más complicado, el destino de toda una nación que trataba de digerir un drama, toda una historia de desgarros y agravios recíprocos. Porque al final todo se reducía a la acostumbrada pregunta en

extremo banal: ¿cómo le explicas a un niño la muerte de su padre? ¿De qué sirven las razones o las causas frente a una pérdida semejante? Estamos criando hijos llenos de rencor, se dijo. Estamos criando huérfanos que necesitarán nuevos padres, y yo no puedo hacer nada.

Así que soltó un largo suspiro y expuso aquella nada suya.

—Eso que dices es... comprensible —dijo—. De veras. ¿Cómo reaccionaría yo en tu lugar? Es una cosa que siempre me pregunto. ¿Cómo reaccionaría si estuviera en la piel de todos vosotros? —Abrió los brazos. Todos lo escuchaban atentos. Colnaghi miró a la gente alterando el desapego con la compasión, y notó que su voz fluía sola, con lentitud. Primero fueron palabras aisladas, como soldados en un reconocimiento nocturno, luego todo el ejército de las argumentaciones y la totalidad de lo que llevaba dentro desde hacía tiempo—. La venganza es la primera solución que se nos viene a la cabeza. Es evidente y natural, la ley del talión, ¿no? Ojo por ojo y diente por diente. Sin embargo, no da resultado. —Exhaló un largo suspiro—. Comprendo que si estuviera en vuestra piel tal vez no querría que me dijieran estas cosas, pero la venganza es un instrumento inútil; en primer lugar, para vosotros mismos. Sí, cierto, sé que una parte de vosotros no tiene el menor interés en ser mejor, sino solo en coger al hombre que os ha hecho tanto daño y destruirlo, obligarlo a comprender cuánto dolor habéis tenido que sentir. Pero un cómplice de ese hombre querrá vengarse a su vez y atacará a otro hombre inocente, y eso no acaba nunca. Al final solo queda la muerte. Ya no hay lugar para el conocimiento, para el amor, para una pizza, para un paseo, y el mundo, el

mundo que queríais salvar, desaparece por completo. Quedan solo el hielo y la venganza. Una obsesión de la que no se sale. —Guiñó los ojos—. Os digo esto como padre y como cristiano. Sé que mi cometido acaba con imponer una pena justa a los culpables, pero también sé que no basta, que nada podrá reparar vuestro agravio, que nada te devolverá a tu padre, Luigi, ni a ninguna de las personas que nos han arrebatado. Es atroz. Es atroz y os aseguro que no sé qué hacer, no tengo respuesta para vuestro dolor. Tenéis que ser muy valientes, porque lo que os ha ocurrido, lo que te ha ocurrido a ti, Luigi, supera toda explicación. Creo firmemente que algún día Dios pondrá cada cosa en su lugar, tanto las heridas como las culpas, pero de momento me doy cuenta de que no puedo decir nada más. Siento lo ocurrido —concluyó—. Lo siento de verdad.

A la salida, Colnaghi estrechó varias manos e intercambió varios saludos. Algunos presentes habían roto a llorar y le agradecían el discurso. Otros parecían confusos y hasta irritados. Se apartaban a su paso, bajando la mirada y rebuscando algo en los bolsillos. En cuanto a Luigi, se había quedado aparte y lo miraba en silencio desde el fondo del aula. Conozco tu rabia, le habría gustado decir a Colnaghi; la conozco a la perfección, puedo descifrarla como si fuera un idioma privado, pero mi dolor es mejor que el tuyo, pensó también... y se avergonzó de pensarlo. Luego sacudió la cabeza y salió. Estaba exhausto.

En la calle volvió a ponerse la chaqueta a pesar del calor, se limpió las gafas con uno de los extremos de la

corbata y caminó hasta la parada del tranvía. La tensión se le había quedado pegada al cuerpo, y ahora solo quería echar un vistazo a la ciudad atisbada tras la ventanilla.

Levantó la mirada: las ocho de la tarde, la estación de Porta Genova; entre los camellos, los rufianes y algún que otro vagabundo, los últimos usuarios del transporte suburbano corrían para coger el tren. Sobre todos ellos caía el ocaso, y el aire, quién sabe cómo, tenía un sabor a regaliz. Colnaghi encendió la pipa mecánicamente. El tranvía llegó después de unas bocanadas, el tiempo de notar que el humo le llenaba la boca.

En el vagón, el magistrado miró a su alrededor: tres mujeres de su edad, una vieja con un sombrerito rosa, un par de chicos en vaqueros que reían lanzándose un tirador del tranvía, tal vez desprendido, tal vez arrancado por ellos.

Colnaghi inclinó la barbilla sobre el pecho. Desde hacía tiempo imaginaba que también él acabaría siendo un cadáver, como Vissani o como los colegas asesinados en los años anteriores. La transformación estaba en marcha, y era extraño... como andar por ahí con un segundo yo, una muerte minúscula que iba germinando con el tiempo, a la espera de brotar. ¿Ocurriría de verdad? ¿Y dónde? ¿Y cuándo? Unos meses antes un colega de Turín le había dicho que el único cometido que les quedaba era aprender a convertirse en unos buenos cadáveres. Colnaghi, levantando los ojos al cielo, le dijo que mira, tal vez no había que ponerse tan siniestro.

En cierta ocasión su jefe le ofreció una escolta, pero él la rechazó. No estaba aún en situación de aceptarla y, para ser sincero, después de la muerte de Aldo Moro se

había dado cuenta de que las escoltas solo sirven para poner en peligro otras vidas. Por lo demás, no había datos concretos: ningún archivo sobre él en los zulos registrados, ninguna amenaza comunicada por esta o aquella organización. Y, sin embargo, era un buen objetivo: un magistrado brillante que llevaba tres años ocupándose de terrorismo, joven aún, abierto al diálogo, demócrata y, para remate, muy católico.

Los dos chicos se apearon en la siguiente parada, llevándose el tirador del tranvía. Las puertas se cerraron de golpe y no entró nadie más. Colnaghi se inclinó para rascarse la piel desnuda que el calcetín dejaba al aire, donde notaba un leve prurito. El tranvía giró y una luz de color cereza iluminó de repente todo el vagón. Piensa en alguno gracioso, se dijo Colnaghi. «¿Cuál es el colmo de un magistrado? Llamarse Máximo de la Pena.» No, no, no vale, otro, Giacomino, sabes hacerlo mejor. «El investigador al imputado: disponemos de tres personas que dicen haberlo visto a usted. Y el imputado: ¿y qué?, yo podría traerle cien mil que dicen que no me vieron.»

Se rio por lo bajo. Eso, este era tan idiota que podía reciclarlo con Franz o con Micillo, o quizás en una cena familiar. La vieja del sombrerito rosa, perpleja, lo evaluó con la mirada, y él recuperó la compostura. El tranvía dio varios timbrazos en un cruce y prosiguió su camino hacia el norte. Colnaghi apoyó la mejilla en el cristal y comprobó que Milán se abría ante él como un abanico: las calles desiertas surcadas por las vías, dos carabineros delante de un edificio, un estudiante con los libros debajo del brazo... las formas de la ciudad que se apagaban lentamente en el crepúsculo.